

CUENTOS Y LEYENDAS DEL NORTE DE NARIÑO

FABIO ORDOÑEZ SALCEDO*



Los campesinos que viven en el Noroeste de Nariño, más específicamente en la vecindad denominada "Peñasblancas", en el Municipio de Albán, cuentan a los visitantes que allí, sobre las eternas y blancuzcas rocas que se levantan como inmensas murallas, se abre los Viernes Santos una gigantesca puerta que parece como cortada sobre la piedra y de aquel incommensurable salón construido por la sabia naturaleza, salen miles de palomitas de oro. Mas, si algún ser humano se asoma por aquellas escarpadas lomas,

* Licenciado en Idiomas, Universidad de Nariño, Profesor Asociado adscrito al Departamento de Lenguas.

a la hora de esta milagrosa aparición, las encantadas palcmitas desaparecen bajo las profundas oquedades de esas rocas.

Muchas excursiones han hecho a aquel lugar, tanto estudiantes como turistas, gentes curiosas y aun buscadores de huacas, con el fin de tratar de descifrar el jeroglífico esculpido sobre la rocosa pared y que parece ser la clave de algún escondido tesoro que ha permanecido allí por siglos; pero ningún esfuerzo ha tenido éxito, por lo escarpado del terreno y su difícil acceso.

Otra leyenda muy interesante es la que se escucha por aquellos lugares, sobre el origen del nombre del Volcán Doña Juana.

Nuestros abuelos nos contaban que su nombre, es el resultado de lo sucedido hace muchos, muchos años a una señora que casualmente pasó por allí cargando dos petacas de mercancías. La señora de marras, de nombre Juana, escuchó de las gentes del lugar, que en la cima del misterioso volcán había una fría laguna de cuyas profundidades emergía cada Viernes Santo, una clueca con cientos de pollitos de oro. Esta mujer, llena de ambición, escaló la escarpada montaña siempre cubierta de nieve y de neblina, a esperar el milagroso momento, pero con tal infortunio que, los dioses que residen en estas inhóspitas regiones, enojados por su atrevimiento, la castigaron convirtiéndola en una estatua de piedra. Desde entonces, allí permanece junto a sus dos maletas, también convertidas en roca, como recuerdo y escarmiento de lo que puede suceder a quien se atreva a hollar aquellas regiones montañosas de los Andes Colombianos.

En mi niñez escuché de labios de mis padres, la siguiente terrífica historia que tuvo lugar en la vetusta iglesia del poblado.

Cierto cura que había muerto sin terminar de celebrar una larga lista de misas ya pagadas por los fieles, para conseguir que sus parientes difuntos, pudieran salir del purgatorio y entrar a gozar de la compañía eterna del Creador, fue castigado por Dios, obligándolo a regresar después de muerto a cumplir con el compromiso adquirido con sus fieles.

Una noche, una piadosa mujer sin poder conciliar el sueño, se levantó a eso de las doce y se dirigió a la iglesia a rezar, mientras la visitaba el dios Morfeo; se sorprendió al ver que el Señor Cura había madrugado tanto a celebrar la misa. A la hora de la Comunión, la señora se acercó al comulgatorio y cuando el

cura fantasma tornó hacia los fieles, ella no vió al Cura párroco sino un horrible esqueleto cubierto con la indumentaria sacerdotal y se dió cuenta que en vez de elevar hacia el Señor, el dorado cáliz, alzó una espeluznante calavera. La señora del cuento, cayó desmayada y permaneció sobre el piso hasta que los fieles que madrugaban a la misa diaria, la encontraron pálida y desmadejada, casi sin vida. La levantaron, golpearon su rostro suavemente hasta conseguir que despertara. Al volver en sí, les contó tan horripilante visión.

Desde aquel día, nadie se atreve a entrar a la iglesia por la noche, a menos que las lámparas estén prendidas.

Se dice que el cura de la otra vida, continuó celebrando las misas adeudadas a los fieles, pues más de una persona desvelada, escuchaba hacia la media noche, un suave campanazo. Era la hora de la misa del cura ya fallecido.

Otra no menos espeluznante historia se escucha por los lados de Rosafloresta, en el Municipio de Arboleda, vereda ubicada exactamente frente a la población de San José de Albán. Como usted sabe, amigo lector, por estas lomas cruza la vieja carretera que va hacia La Unión y Popayán. En esta vía, un camionero se había derrumbado; su carro y él rodaron loma abajo hasta descansar sobre el lecho del río Quiña, límite de los Municipios de Albán y Arboleda.

El conductor había sido un hombre de relajadas costumbres y sin escrúpulos morales: engañó a muchas niñas inocentes, destruyó más de un matrimonio; en fin, era un don Juan impenitente. Por lo tanto, murió sin confesión y fue a parar al infierno. Su fantasma se aparece ahora, conduciendo un camión, justo a la media noche, (la hora de los fantasmas), y si algún pasajero equivocado de hora, aparece por allí, el conductor infernal lo invita a subir a su carro y lo conduce al averno.

La gente que ha visto la terrorífica aparición cuenta que echa fuego por los ojos y conduce su camión por los aires, como si tuviera alas, mientras un fuerte viento azota toda la loma. Mas de un joven trasnochador de la veraniega población de San José, ha escuchado la sirena ensordecedora y el rugir fantasmagórico del auto infernal, que repercute contra la loma donde se halla enclavada la citada población.

Otro cuento de miedos que se escucha especialmente en San José, es el de un espanto que en las noches sin luna y al amparo de las oscuras calles, huérfanas de luz eléctrica de aquellos tiempos, cruza por los aires, hacia la media noche, la hora en que

los espíritus del mal tienen permiso para bajar a la tierra, a hacer recogida de cuanto maleante e impenitente haya por las calles, en vez de entregarse al descanso. Aquel espíritu del mal, salía disfrazado de clueca de pollos; hendía los aires y arrastraba al averno a todo pernoctante que no tuviera la precaución de echarse de bruses sobre el suelo en forma de cruz. La señal de que se acercaba el "cocopollo"¹ (así se llamaba el mal espíritu), era el piar lastimero de polluelos. La luz mortuoria de mil velas, precedía el cortejo fantasma y un ventarrón apenas parecido a aquellos que soplan en los veranos de agosto, parecía cargarse las casas, cuando se acercaban los pequeños emplumados del infierno.

Quiénes se libraban de las garras del fantasma, nunca más volvían a desperdiciar sus horas de sueño, sentados en corrillos en las esquinas del medroso poblado.

Otra historia que asustaba sobretodo, a los bohemios insipientes del poblado y los hacía desistir de más de una parranda, era la que contaba el más consuetudinario borrachito del pueblo.

Una noche cuando el devoto del dios Baco regresaba de una de sus consabidas "rascas" de una cantina ubicada junto al cementerio, escuchó que dentro del dormitorio de los muertos, dos voces, una dulce y celestial; cavernosa y tétrica la otra, repetían una y otra vez: "ésta para mí, la otra para tí". El beodo envalentonado por los efectos del alcohol, se detuvo sin temor a escuchar el macabro diálogo. Ahora escuchó claramente la prolija repartición, que de las almas de los muertos allí yertos, realizaban el Angel y Luzbel.

El alcohol, que hasta ese momento inhibía al borracho, se evaporó al instante, gracias al sudor abundante que corrió por su cuerpo, presa del pánico, y como última frase del macabro reparto escuchó cuando el capataz del averno rezongó: "y la que está afuera, para mí". Cayó el bohemio cuan largo era, sobre la pedregosa vía, víctima de un profundo ataque nervioso.

Gracias, seguramente, a las buenas oraciones de su madre, en ese preciso momento cantó el gallo de la una de la madrugada, que es también el antídoto contra los fantasmas y seres de la

¹ Espanto.

otra vida ; es el campanazo con que Dios ordena a los espíritus malignos regresar a los profundos antros infernales.

Una viejecita que madrugaba a la misa de seis, encontró al borracho casi yerto y despertó a los vecinos para que le presten ayuda.

Desde entonces, la cantina irrespetuosa del sueño de los muertos, no volvió a abrir sus puertas, pues además, nadie se atrevía ya a pasar los viernes culturales en ese tétrico lugar.

Hay muchas historias y leyendas como éstas que acabo de narrar, que se escuchan en corrillos y reuniones o al ruedo de la tupa¹ en los comentarios hogareños, mientras toman una taza de café caliente o de aguapanela, costumbre ancestral de nuestros pueblos.

* * *

¹ Hornilla de leña.